

Reseña bibliográfica: Olivares Chávez, Carolina, *Jenofonte: su propuesta de paideia a partir de tres personajes atenienses* (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 53), Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas, México, 2014, 337 pp.

Palabras Claves: Grecia Clásica – Jenofonte – Paideia – Sócrates – Política

Key Words: Classical Greece – Xenophon – Paideia – Socrates – Politics

La figura de Jenofonte (430-354 a. C.), durante mucho tiempo concebida dentro de la percepción conservadora en la historiografía, tiene hoy una nueva interpretación. Está enfocada no sólo en él en calidad de testigo y protagonista de muchas acciones que tuvieron lugar en la Grecia de finales del siglo V y principios del IV a. C., sino también, fundamentalmente, en sus obras a las que persiguió el mismo prejuicio. El esfuerzo de integrar al historiador griego dentro de una justa categoría que explique el origen de sus acciones y sus postulados requiere, en efecto, de un conocimiento profundo de las circunstancias históricas en las que vivió, pero también de la esencia de su pensamiento al que se accede luego de una larga, exigente y absoluta revisión del mismo desde diferentes posturas que a través del tiempo han sugerido algo para Jenofonte.

Así, es indiscutible que el Jenofonte histórico se ha fundido a veces con el personaje literario que él mismo creó en *Anábasis* o en la memoria que se nos ha transmitido a lo largo de los siglos, proporcionándonos una imagen peculiar donde la filosofía, la historia y la literatura reflejan a un hombre que, al parecer, hizo al mismo tiempo de las enseñanzas de Sócrates una forma de vida, de sus experiencias personales un legado de invaluable valor por su trascendencia histórica y de sus personajes como el Viejo modelos de virtud asequibles. ¿Qué ha significado, a la luz de más de dos milenios de historia, todo ese cúmulo de escritos que todavía hoy generan discusiones entre los especialistas? ¿Cómo proceder hoy ante un personaje que puede despertar todo tipo de percepciones, a excepción de la indiferencia? Bajo estas preceptivas, aventurarse a sugerir planteamientos nuevos dentro de la historia de la antigüedad casi siempre representa un reto que no muchos logran salvar. Máxime si se trata de una figura como la de Jenofonte y si se hace desde la perspectiva de las letras clásicas. Sin embargo, Carolina Olivares Chávez lo ha conseguido en ésta su última obra que ofrece al lector de habla hispana.

Jenofonte: su propuesta de paideia a partir de tres personajes atenienses desde un principio atrajo el interés de reconocidos especialistas, como Domingo Plácido (España), David Morales Troncoso (Chile) o David García Pérez (México), por lo novedoso que resulta su enfoque en este ejercicio de interpretación de una de las fuentes del socratismo, de las ideas plasmadas por el general ateniense en sus escritos y su casi desapercibida tendencia a manifestar un modelo de educación en tres personajes prototípicos. La *paideia* de Jenofonte es el centro donde confluyen todas sus explicaciones y de donde parten todas sus aportaciones. Como se apuntó, no parece nada sencilla la pretensión de abordar a Jenofonte con todas las dificultades históricas, filológicas y hermenéuticas que esto implica. Por lo menos, en el caso de Latinoamérica, pocas veces se ha visto un esfuerzo de estas dimensiones para tratar de comprender lo que significaron las contribuciones que el historiador ateniense quiso legar para mejorar la vida en su patria. El libro de Olivares Chávez, además de las favorables opiniones expresadas -que no son producto de una mera deferencia-, tiene una estructura equilibrada, debidamente cuidada, lo cual facilita a primera vista entrever la orientación que tendrá su trabajo.

Las secciones de los cuatro capítulos en que está dividido el libro poseen una riqueza de expresión en todas sus formas que lo hacen impecable. La claridad, no puede negarse. Todo concepto, por más oscuro que pueda parecer, es desarrollado de tal modo que la exposición resulta amena y a la vez rigurosa. Exhaustiva donde se requiere, precisa cuando se exige y polémica cuando no hay otro modo. El aparato crítico es abundante y actualizado. Las profusas referencias permiten al lector profundizar en la diversidad de aspectos que señala la autora con la seguridad de hallarlo en el lugar indicado. Puede decirse, sin exageración, que Olivares Chávez agotó cuanto material estuvo a su alcance o cuya noticia exploró gracias a las nuevas tecnologías, permitiendo integrar lo más nuevo para ofrecer lo más nuevo en todos los sentidos.

El primer capítulo, “Jenofonte: su época, la *paideia* ateniense y su propuesta pedagógica”, es el breve tratamiento del marco temporal del autor en cuestión donde se describen los aspectos más sobresalientes del mismo. Llama la atención que se dedique un pasaje a la crisis de valores de Atenas y las condiciones en que se dieron los intentos por superarla porque, en virtud de lo anterior, la exposición pondrá especial énfasis en la educación ateniense, tanto en su οἶκος como en la σχολή. Ahí distingue Olivares las diferentes modalidades educativas que tuvieron una incidencia directa en la formación del ciudadano como la pederastia, la efebía, el servicio militar y el concepto de ἐμπειρία. Al final del capítulo hay una pertinente formulación acerca de cómo, efectivamente, hubo un replanteamiento de la educación tradicional y qué es exactamente lo que propone el estratega ateniense para contribuir a ese proyecto de reconstitución de las antiguas formas educativas de su polis.

La época en la que se enmarcan los años más decisivos de Jenofonte están bien delineados y el historiador, que presencia el fin de la hegemonía ateniense, se da

perfecta cuenta de que ante tales circunstancias es necesario fijar la atención hacia la *paideia*, la educación, la única garante de servir como puente entre la decadencia y el principio de un nuevo auge. Aunque la autora considera a Jenofonte como uno de los principales autores para conocer esta época, tiene el cuidado de reconocer que aunque “es una valiosa fuente de información para comprender la problemática social de aquellos días, [...] sería desmesurado considerarlo la autoridad máxima e indiscutible” (p. 32), lo cual ya señala un criterio, una intención de ser lo más objetiva posible. Posición que mantendrá de manera evidente a lo largo de todo el libro.

Para la autora, la propuesta de Jenofonte está dirigida a que cualquier individuo con sus naturales capacidades

“tome conciencia de su naturaleza perfectible... [donde existe] la posibilidad de superar sus defectos y desarrollar nuevas capacidades que le ayuden a integrarse a su sociedad mejor preparado para desempeñar con decoro sus funciones cívicas y que, al mismo tiempo, le permitan desenvolverse exitosamente en cualquier esfera en que incurriere”. (p. 37)

En esta misma línea de interpretación, vincula a la *paideia* como parte de la estructura del funcionamiento de la polis: un ciudadano bien educado, era un ciudadano útil porque privilegiaba el deber cívico antes que el impulso individual, concibiendo al deporte con un valor moral, privilegiando el amor al esfuerzo (*φιλοπονία*); al ciudadano que distingue entre la Afrodita urania y la vulgar, que se hace amar castamente y reverencia a la amistad porque “para tener buenos amigos uno mismo debe procurar ser bueno” (p. 64). La experiencia (*ἐμπειρία*), en última instancia, es determinante no sólo porque sólo al final de la existencia puede valorarse con justa perspectiva la trayectoria propia, sino también porque “la experiencia que el hombre adquiere en el transcurso de su vida es lo que le permite la práctica, la consolidación y la reafirmación de sus valores” (p. 69). En este proceso, el ejemplo de personajes virtuosos es fundamental para consolidar el proyecto de *paideia* de Jenofonte porque

“utiliza como recursos pedagógicos las imágenes de varones excepcionales, a las que les asigna la función de *τύποι*, porque al dejar una profunda impresión en el lector, dichas imágenes contribuyen a modificar su carácter, a la vez que permiten difundir con mayor claridad su ideal educativo”. (p. 80)

El segundo capítulo, “Jenofonte y sus obras”, está dedicado completamente a la vida de Jenofonte. Dividida en dos grandes apartados, el primero de ellos tiene por objeto conocer su identidad (varias veces confundida), su origen, su personalidad, su educación a lado de Sócrates, los acontecimientos desde su enrolamiento con las tropas persas en calidad de mercenario, su vuelta a Grecia y el final de sus días. El segundo presenta la producción literaria entre las que distingue tres vertientes principales

(influencias socrática, espartana y persa) y otros escritos de diversa índole. Más que un esbozo biográfico (bien logrado), se trata de una revisión minuciosa sobre las discusiones generadas en derredor de la persona del historiador ateniense, acerca de cómo fue percibido tanto en su época como en la nuestra, donde la autora aprovecha para afirmar que la personalidad de Jenofonte “corresponde a la de un individuo magnánimo, quien en una época muy caótica, la misma que vivió Platón, se afirma con una innegable dignidad” (p. 87). Dignidad que fue duramente cuestionada en su época al haber servido en las tropas de Ciro para destronar a Artajerjes II y que le atrajo la enemistad de los atenienses que se vieron comprometidos por su causa. Sobre estas disyuntivas, Olivares Chávez ofrece varias posibilidades de interpretación del suceso.

A decir de la autora, sobre las obras escritas por Jenofonte consideró

“oportuno destacar la notoria riqueza cultural que acumuló gracias a su peculiar estilo de vida, de modo que se pueden detectar al menos tres influencias en su pensamiento, las cuales fueron determinantes para que el historiador; con el paso de los años, consolidara su pensamiento educativo”. (p. 109)

Las influencias señaladas arriba están presididas por Sócrates, Agesilao y Ciro el Viejo. Al final del recorrido de estas tendencias, Olivares no se olvidó de mencionar el conjunto de aspectos estilísticos del estratega, ya que desde antaño “despertaron mucha admiración, principalmente a causa de su dulzura; pero junto a ésta [característica], los gramáticos y literarios antiguos también apreciaron su sencillez y sus recursos estilísticos” (p. 130). Todo ello cambió cuando comenzó a compararse a Tucídides en el campo de la historia y a Platón en el de la filosofía, por lo que se le dejó de tener la misma estima y Jenofonte fue sometido a severas críticas. En términos de la escritura de la historia, este aspecto es de suma importancia. Muchas veces se olvida que esta disciplina, comprendida dentro de los géneros de la literatura, es siempre un desafío estilístico dentro del proceso hermenéutico del historiador y que exponer del mejor modo posible las ideas, con todo el decoro de las letras, determina la dimensión del impacto de las obras históricas. Por ello, un buen historiador no siempre tiene un buen estilo, así como tampoco el buen estilo hace un buen historiador, y sin embargo, en estos trabajos, a las genuinas ideas siempre le va bien un noble estilo. El lector siempre lo agradecerá. Jenofonte o Mommsen son adecuados ejemplos. Para una mejor comprensión de lo que significó el juicio de la tradición, la autora compara las posturas de W. E. Higgins, J. Lens Tuero, Luis E. Navia, Domingo Plácido Suárez, J. Dillery, S. Brown Ferrario, por decir sólo algunas, de modo tal que una vez más se comprueba la actualidad y ejercicio riguroso de su interpretación.

En el tercer capítulo, “Jenofonte y sus tres atenienses ejemplares”, Olivares Chávez centra toda su atención y recursos en Sócrates, Iscómaco y el Hiparco para demostrar la *paideia* contenida en las obras del estratega filoespartano, que es analizado según sus

propios preceptos de *paideia*. A cada uno de los personajes moldea detalladamente con los rasgos que Jenofonte percibió o atribuyó a cada uno. Los retratos redibujados por la autora son muy precisos en la medida en que va trazando sus rasgos a partir de los datos sacados de varios pasajes xenofónicos. Cada virtud, acción y cualidad son categorizadas en tres grandes rubros: las atinentes al νόμος (costumbres y religión), a la δίκη (política y legalidad) y a la σοφία y a la παιδεία (educación y profesionalización). De este modo, al examinar a la persona de su maestro -que la autora concibe como el “detonante fundamental del desarrollo de sus ideas y de toda su doctrina filosófica” (p. 149)- concluye para el caso de Sócrates que el ejercicio de su doctrina práctica fue interiorizada por Jenofonte de modo tal

“que experimentó en persona la trascendencia de muchos preceptos socráticos, tales como ser congruente entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace, la importancia de la educación, el valor del esfuerzo, el autodomínio, la amistad, la prudencia, la justicia, la piedad”. (p. 176)

Iscómaco, “el caballero perfecto” del *Económico*, es el paradigma de la enérgica dirección de los asuntos relacionados con la administración. El estudio de este personaje es contrapuesto por la autora con las opiniones de W. Jaeger, S. Taragna Novo, G. Danzig, P. Salay y la suya propia que lo define a través de una serie de atributos contenidos en las tres categorías señaladas y de los cuales concluye que, si bien no era como el casi divino Sócrates, Iscómaco representa un modelo de virtud accesible al común, ya que al no poder ni aspirar a ser como su maestro, Jenofonte “ofrece paradigmas más humanizados –esto es, menos utópicos- de hombres virtuosos, seres falibles que se esfuerzan denodadamente por alcanzar la καλοκάγαθία y que asumen voluntariamente y con optimismo tan hermoso reto” (p. 215).

La última figura a la que se dedica el capítulo es la del Hiparco. Este personaje es la especialidad de Olivares Chávez. Ya lo ha analizado en anteriores artículos y trabajos entre los cuales se destaca su *Ética y milicia en Acerca del Hiparco de Jenofonte* (Tesis de maestría, UNAM, 2005). Sin embargo, en este libro pone el acento en la propuesta educativa del autor ateniense a través de dos perspectivas fundamentales: la primera es la visión del Hiparco desde Sócrates y la segunda del Hiparco como modelo de καλοκάγαθία, donde se despliega un fecundo análisis de estas cualidades a través de las tres categorías, concluyendo que en su opinión no es aventurado considerar a este personaje como alguien que reúne en sí mismo todas las excelencias de la buena educación como:

“la bondad y la belleza propias del hombre de bien que cumple con todas sus obligaciones de buen grado y que su labor primordial se conduce con pericia y profesionalismo [...] A mi parecer, este personaje corresponde al prototipo de ciudadano bello y bueno, hombre vigoroso y valiente, disciplinado, que logra dominar sus pasiones.” (pp. 260-261)

El motivo del Hiparco es la exhortación a la virtud en medio de la decadencia, de un Jenofonte que se dirige a este oficial ateniense para que en su calidad de jefe de caballería

“él mismo ponga la muestra al desarrollar todas sus habilidades militares, a la par de virtudes éticas, con la finalidad de que logre ser un *hombre perfecto*; porque sus obligaciones no se limitan estrictamente a la formación bélica de sus soldados, sino que también tiene que inculcarles virtudes... para el bien de su regimiento y de su patria.” (p. 261).

Entre los aspectos interesantes de este apartado está el factor de la *ἐμπειρία* de Jenofonte como militar y estratega, bien aprovechada para poner por escrito en su *Anábasis*, *Ciropedia* y *Agésilao* aquellos preceptos que por la experiencia y la práctica de la filosofía socrática le dieron benéficos resultados, mismos que deseaba que llegaran, en la medida de lo posible, a la mayor cantidad de personas.

El cuarto y último capítulo, “Jenofonte y la consolidación de su propuesta de *paideia*”, ofrece al lector un cuadro comparativo de los tres personajes enmarcados en las tres categorías para demostrar que Jenofonte “promueve una propuesta de *paideia* que, por el momento, tendría como principales exponentes a los tres atenienses” (p. 269) y que, a través de ellos, puede notarse que la *καλοκάγαθία* es el hilo conductor, por lo menos desde el plano de representación de estos personajes. Para comprobar sus planteamientos, Olivares Chávez aplica el mismo razonamiento a la figura del antiguo historiador y de él determina que no sólo aplicó lo que predicaba, sino también que el trasfondo de su obra y de los personajes literarios creados por él son ejemplos para los hombres de su tiempo, perfectibles por fuerza de “la educación, el esfuerzo y la práctica constante con los cuales podrá desarrollar al máximo sus virtudes y aminorar sus defectos” (p. 300).

La claridad expositiva y el estilo sencillo. El equilibrio y el esfuerzo de sistematización del conocimiento, la utilidad de su contenido por lo que significa en la historiografía y la vigencia de los postulados vinculados con la educación en sociedades como las nuestras, son algunos de los motivos que invitan a una lectura crítica de la obra. Y que conste que nos referimos al libro de Carolina Olivares Chávez, no a Jenofonte.

Miguel García Audelo

Universidad Nacional Autónoma de México

miguel.garcia.audelo@hotmail.com